

La eternidad de Dios

1. La eternidad es lo contrario del tiempo. El tiempo es la medida de la sucesión de mutaciones que se verifican en el orden de lo anterior y posterior. Según San Agustín, el tiempo es una criatura de Dios creada junto con el mundo. La temporalidad del mundo se funda en su continua mutabilidad. «Cuando fué producida la Creación comenzó con su movimiento el transcurso de los tiempos. Por eso, en vano se buscará el tiempo antes de la Creación. En efecto, ¿cómo se va a poder encontrar el tiempo antes de que haya existido el tiempo? No habría ninguna clase de tiempo si no hubiese movimiento de las criaturas corporales o espirituales, mediante el cual el futuro surge del pasado a través del presente. Pero la Creación no podría cambiar y moverse si no existiese. Más bien surge el tiempo con la Creación que la Creación con el tiempo. Y los dos vienen de Dios» (*Augustinus, De Genesi ad litteram*, lib. V, cap. 5, n.º 12).

El tiempo va, pues, íntimamente unido con el cambio de las cosas, en cuanto que es la medida y respectivamente el orden del cambio de las mutaciones. La temporalidad no se puede separar de las cosas mutables. Es su nuevo modo de existir. Como quiera que la mutación, el devenir, la desaparición y el nuevo origen se fundan en la acción recíproca, cabe también decir que el tiempo lo forman las cosas que se hallan en un estado de acción recíproca. Forman necesariamente tiempo y a la vez se hallan en el tiempo que forman (véase H. E. Tengstenberg, *To und Vollendung*, 1938, 22-30). Pero no toda mutación produce tiempo. Este constituye una especie de río que se mueve en dirección determinada. Para designar la dirección, nos servimos de las palabras presente, pasado y futuro. El pasado se convierte en futuro a través del presente, el futuro recibe su forma del pasado a través del presente. Este orden es irreversible. (Donde falta una relación de dependencia entre lo que fué y lo que es o será, no se puede hablar de tiempo en sentido estricto—*Apoc.* 10, 6—, bien que dependan también del tiempo las criaturas que como los ángeles están sometidas a tales mutaciones discontinuas.)

Surge una dificultad: ¿cómo podremos encontrar la medida del tiempo, si el pasado ya no es, el futuro no es todavía y el presente no es más que un punto indivisible? Lo que está fuera de este punto o no es todavía o ha dejado ya de ser. Para resolver este problema, San Agustín alude al hecho de que el pasado sigue subsistiendo en la memoria. Mediante el

recuerdo el espíritu recoge el pasado. Lo futuro está presente en el alma bajo la forma de realidad esparada. Mediante la esperanza el alma fija su atención hacia lo venidero. Esta continua tensión del alma, vuelta hacia lo que ya no es o hacia lo que todavía no es, hace posible la medida del tiempo. Puesto que el alma es capaz de medir el tiempo, deberá estar de algún modo fuera del tiempo. Aunque dependa del tiempo, no es temporal en toda su esencia íntima. En caso contrario no podría elevarse sobre el flujo del tiempo para observarlo y medirlo. El animal es temporal, pero no tiene idea alguna del tiempo. Como veremos más abajo, la eternidad consiste en la carencia de toda mutación, en la ausencia de la dispersión constituida por el pasado, el presente y el futuro, o expresándose de otra manera, la eternidad es simultaneidad absoluta y perfecta; por consiguiente, el alma se acerca al modo de ser de lo eterno por el hecho de que puede ver con una mirada de conjunto de la sucesión temporal de las cosas. Al atribuirle al alma la medida del tiempo, la temporalidad no queda convertida con ello en una estructura subjetiva. Son las cosas temporales, o, mejor dicho, su transcurso, lo que constituye el fundamento de la atención del espíritu, que contempla la realidad bajo la forma del recuerdo o de esperanza. El espíritu puede comparar unas con otras las fases del flujo temporal debido a la interdependencia que media entre ellas. El pasado no desaparece simplemente en la nada, no es lo absolutamente pasado; y el futuro no es lo que está todavía en el seno de la nada, no es algo que no exista de alguna manera. El pasado sigue operando en el presente bajo la forma de poder activo. Este se halla bajo la influencia de aquél, y aquél está presente en éste. Del mismo modo cabe decir que el futuro se halla preformado en el presente: está presente en éste en cuanto que es una entidad en estado de devenir.

El pasado sigue operando en cada uno de los momentos de nuestro presente, mientras que de este presente va surgiendo nuestro futuro. De ahí resulta que nosotros vivimos de nuestro pasado y de nuestro futuro. De momento en momento nuestra vida va ganando contenido y fuerza, puesto que llevamos con nosotros todo el pasado, el cual se convierte en posesión interna. Normalmente el futuro va destacándose cada vez con más claridad y precisión, puesto que su preformación aumenta incesantemente. Es cierto, no obstante, que el pasado y el futuro traen consigo no solamente riqueza, sino también cargas penosas. Durante el tiempo de la peregrinación, con la riqueza aumenta la carga.

La orientación hacia el pasado y lo futuro se manifiesta psicológicamente bajo la forma de recuerdo y esperanza, de modo que se puede afirmar lo siguiente: El hombre vive necesariamente del recuerdo y esperanza. Hay en él una realidad permanente, el yo que recuerda y espera. Esta se posee a sí mismo en el presente. Para cumplir con las exigencias del presente, tiene que dar forma a su futuro al mismo tiempo que le va formando el pasado y el recuerdo. Por ello la idea del tiempo de Bergson, y mucho menos la de Heidegger, no aprecia en lo justo la situación humana. Según Bergson, no hay más realidad que el devenir. Al conjunto formado por el devenir—nacimiento, la maduración y la evolución—lo designa con el nombre de duración. El tiempo y la duración son cosas idénticas. El tiempo considerado como devenir duradero es el núcleo íntimo y profundo de la realidad. Según Heidegger, la existencia ha sido «arrojada» fuera de la nada y está en camino hacia la nada. En esta situación la coloca el

miedo, el temor producido por posibles ruinas y catástrofes, el estremecimiento que causan peligros presentes. El miedo coloca a la existencia ante su pasado (la nada como origen) y ante su futuro (la caída en la nada). Acuciado por la oscuridad y la noche detrás y delante de él, el hombre sólo puede existir entregándose al mundo, cuidándose de las cosas, preocupándose por los otros, cumpliendo las obligaciones que le imponen cada uno de los momentos de su vida. Pero esta entrega al mundo no debe convertirse en tranquila seguridad, ni debe el hombre dejarse absorber por la tranquila seguridad, ni debe el hombre dejarse absorber por la diversidad de sus obligaciones. En caso contrario, viviría una existencia sin autenticidad. Es el miedo el que le pone a salvo de este peligro. El miedo revela al hombre la verdadera y fundamental estructura de su ser, su proveniencia de la nada, su marcha hacia la noche del futuro. El pasado y el futuro determinan el carácter de la existencia en el presente. La existencia conserva siempre este carácter, que se deriva del hecho de haber sido «arrojada», *Geworfenheitscharakter*, y ve cómo con la muerte va acercándosele su destino final. La existencia es un ser-de-muerte, *Sein-zum Tode*, y en cuanto tal es ella su propio futuro. De esta manera, el ser del hombre es, en la posesión presente, su pasado y su futuro. El miedo y la conciencia obligan al hombre a tener siempre ante sí esta totalidad. El ser es esencialmente temporal, puesto que es «el pasado, el presente y el futuro». La temporalidad se mueve hacia la muerte, es absoluta y pura finitud». No hay en el hombre núcleo-esencia alguno del cual se pueda decir que es una realidad persistente (véase Delp, *Tragische Existenz*, 1934; O. H. Bollnow, *Existenzphilosophie*, 1942; J. P. Steffes, *Existentielles Denken*, en «Theologische Revue», 44, 1948, 3-12).

La eternidad (*aeternitas*) implica absoluta carencia de sucesión. Lo eterno no ha comenzado nunca ni terminará jamás, de modo que el concepto de eternidad es más rico en contenido que el concepto de *aevum* o de *sempiternitas*, el cual designa una duración continua. Boecio (muerto en 524) define la eternidad de la siguiente manera: La eternidad es posesión perfecta y simultánea de la vida interminable (*interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio*).

2. Dios es eterno (dogma).

a) Dan testimonio de ello, principalmente, el símbolo *Quicumque*, el cuarto Concilio Lateranense (D. 428) y el Vaticano, sesión 3, cap. 1 (D. 1.782).

b) Para comprender adecuadamente el dogma de la eternidad de Dios conviene tener en cuenta esto: lo decisivo en el concepto de eternidad no es la falta de principio y fin, es decir, la duración. La eternidad es distinta de la duración infinita, bien que implique también esta forma de duración. La eternidad significa reunión de todo el ser y de toda la vida en un solo punto. Por consiguiente, el tiempo y la eternidad son cosas que se excluyen mutuamente (San Agustín, *Explicación del Evangelio de San Juan*,

23, 9). La expresión «tiempo eterno» encierra en sí un contrasentido. En un modo de hablar menos estricto se emplea también la palabra «eterno» para designar una duración infinita o muy larga. Además, debido a nuestro modo de pensar, esencialmente temporal, la existencia eterna se presenta para nosotros bajo la forma de duración infinita, a causa de su inmutabilidad.

Según las explicaciones precedentes, la eternidad de Dios encierra en sí la falta de toda sucesión de estados, contenidos o acciones. Debido a ello, a nosotros, hombres temporales, su vida nos parece ser una vida sin principio ni fin. Dios no está entre los dos abismos de la nada, tal como lo afirma Heidegger para el ser finito. Dios no es temporal en el sentido de que hubiese historia intradivina. De la vida intradivina no se pueden contar historias (mitos) propiamente tales. Por ser Señor y Creador de todo lo extradivino, mediante la Revelación sobrenatural, y especialmente mediante la Encarnación, crea Historia, mejor dicho, es el principal autor-actor de la Historia. Pero el transcurso histórico no afecta en lo más mínimo a la vida divina misma. En Dios no hay pasado ni futuro. Dios no vive ni de recuerdos ni de esperanzas. En Él no hay más que un «hoy» siempre actual, un presente inmutable. Hay que tener en cuenta en esta última expresión, que está tomada de nuestro modo de pensar, esencialmente temporal. No nos podemos formar idea alguna de la eternidad como no sea con la ayuda del concepto de tiempo, puesto que vivimos y pensamos necesariamente en la categoría del tiempo. Juventud y edad madura, principio y fin son en Dios cosas idénticas. Dios es eternamente joven y eternamente viejo. Fuerza y madurez, originalidad y serenidad se hallan en Él en un estado de perfecta y absoluta armonía. San Agustín (*ad in Ps.* 39, 4) escribe: «¿Hay algo más viejo que Dios, que existe antes que todo lo que es y no tiene ni principio ni fin? A ti te parece nuevo, porque tú envejeces al ir hacia adelante.»

La eternidad es, pues, el modo de ser de Dios. En virtud de ella, Dios es esencial e internamente distinto de las criaturas. La eternidad, como forma de ser, no significa, en el fondo, sino inconmensurable plenitud del ser y de la vida, con simplicidad suprema, sin devenir ni crecimiento, sin antes, ahora y más tarde.

c. Para poner de manifiesto la majestad y superioridad de Dios, la Escritura habla con frecuencia de que en Dios no hay principio ni fin, ni sucesión de estados. A veces se emplea la pa-

labra eternidad para designar un gran espacio de tiempo. Abraham invocó bajo el tamarisco el nombre del Dios eterno (*Gén.* 21, 33). En el cántico triunfal de Moisés se dice (*Ex.* 15, 18): «Yavé reinará para siempre jamás.» En el cántico de alabanza de Tobías está escrito (*Tob.* 13, 1): «Bendito sea Dios que vive por los siglos, por todos los siglos permanece su reino.» El amigo de Job habla de la inescrutable grandeza de Dios (*Iob.* 36, 26): «Mira: es Dios tan grande, que no le conocemos; el número de sus años no es investigable.» Los Salmos anuncian con frecuencia la eternidad de Dios: *Ps.* 9, 8: «Asiéntase Yavé en su trono firme por toda la eternidad.» Véase *Ps.* 10, 16; 33 (32), 11; *Ps.* 90 (89), 1 y sigs.: «Yavé, tú has sido refugio para nosotros de generación en generación. Antes que los montes fuesen y fuesen paridos la tierra y el orbe, eres tú desde la eternidad hasta la eternidad.» *Ps.* 93 (92), 1 y sigs.: «¡Reina Yavé! Se vistió de majestad, vistióse de poder Yavé y se ciñó, cimentó el mundo; no se conmo- verá. Firme tu trono desde el principio, desde la eternidad eres tú.» Véanse, además, *Ps.* 102 (101), 12, 25-28; 135 (134), 13; 146 (145), 10; *Eccl.* 18, 1; 39, 20. Isaías ensalza al Señor (40, 6-8): «Toda carne es como hierba, y toda su gloria como flor del campo. Sécase la hierba, marchítase la flor, cuando sobre ellas pasa el soplo de Yavé. Sécase la hierba, marchítase la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.» Y en el versículo 28: «¿No sabes tú, no has aprendido que Yavé es Dios eterno, que creó los confines de la tierra, que ni se fatiga ni se cansa y que su sabiduría no hay quien la alcance? Él da vigor al fatigado, y multiplica las fuerzas del débil, se cansan los jóvenes, se fatigan, y los guerreros llegan a flaquear; pero los que confían en Yavé renuevan sus fuerzas, y echan alas como de águila, y vuelan velozmente sin cansarse, y corren sin fatigarse» (véase *Is.* 26, 4; 41, 4; 44, 6; *Dan.* 4, 31; 7, 13 y sigs.; *Mich.* 4, 7).

En el Nuevo Testamento véanse: *Io.* 8, 58; 17, 24; *Rom.* 1, 23; 16, 26; *I Cor.* 2, 7; *Col.* 1, 26; *Eph.* 1, 4; 3, 9; *I Tim.* 1, 17; *I Pet.* 1, 20. Si se toma la eternidad de Dios como medida del tiempo, aun el tiempo más largo queda convertido en un corto momento (*Io.* 16, 16-18). En ese caso, hasta el más lejano futuro se puede decir que llegará «pronto» (*Apoc.* 1, 3; 22, 12; véase la Escatología). Ante Dios, un día es como mil años, y mil años son ante Él como un solo día (*II Pet.* 3, 8). Como quiera que Dios es eterno, se dice de los bienes y dones divinos que son eternos: *Lc.* 16, 9 (moradas eternas); *II Cor.* 4, 17 (gloria eterna); *II Cor.*

5, 1 (casa eterna en el cielo); *II Tim.* 2, 10 (gloria eterna); *Apoc.* 14, 6 (mensaje eterno); *II Pet.* 1, 11 (reino eterno). Los bienes «eternos» están ya presentes en el tiempo, pero trascienden el tiempo y aparecen al final de los tiempos en todo su resplandor y gloria.

d) De la época de los Santos Padres se pueden aducir los siguientes testimonios: San Agustín escribe en el *Enchiridion* (n.º 50; BKV, 438) sobre el texto del *Ps.* 2, 7: «Cuando el día no comienza con el fin del día pasado ni termina con el comienzo del día que viene, allí hay un don perenne.» En *De civitate Dei*, lib. 11, cap. 6: «Con razón se establece una distinción entre tiempo y eternidad; porque el tiempo no existe sin cambio ni transformación; en la eternidad, al contrario, no hay mutación alguna. Es, pues, evidente que no hubiesen existido los tiempos en caso de no existir el devenir de la criatura, la cual implica cambio de estado bajo la forma de procesos móviles cualesquiera. El tiempo surge sólo a partir de esta movable transformación, a partir de la sucesión de esto y aquello, de lo que no puede subsistir simultáneamente, a partir de los espacios intermedios más o menos largos y que se derivan de la desaparición de esto y de la aparición de lo otro. Como quiera que Dios, cuya eternidad excluye toda clase de cambio y mutación, es también creador y ordenador de los tiempos, no se puede decir, me parece a mí, que ha creado el mundo según ciertos intervalos; de lo contrario, habría que admitir que antes que el mundo han existido criaturas con cuya movilidad ha comenzado también el flujo del tiempo. Ahora bien: la Sagrada Escritura, que dice siempre la verdad pura y total, afirma que al principio Dios ha creado el cielo y la tierra. Esto ha de ser entendido en el sentido de que antes de este principio no había creado nada; porque si hubiera creado alguna cosa antes de haber producido la totalidad de su creación, sería de esa cosa de la que se debería afirmar que ha sido creada en el principio. Por consiguiente, no se puede dudar de que el mundo ha sido creado en el tiempo, sino junto con el tiempo. Pues lo que sucede tiene lugar en el tiempo, sucede antes y después de un tiempo dado, a saber, después de un tiempo ya pasado, y antes de un tiempo que todavía ha de venir. Ahora bien: antes de que existiese el mundo no ha podido existir tiempo alguno, puesto que no había criaturas en virtud de cuyas transformaciones pudiese existir. Antes bien, es preciso afirmar que junto con el tiempo ha sido creado el mundo, en cuanto que al mismo tiempo que él comenzó el movimiento de transformación. A esto alude también aquella sucesión de seis o siete días, aquella mañana y aquella tarde de la obra divina de la creación, que se consumó en el sexto día y a la cual, como dice el gran misterio, sucedió el descanso de Dios.» Véase también el cap. 21 (BKV, II, 174 y sigs.): «Lo mismo que Él mueve lo temporal, sin estar sometido al movimiento temporal, también abarco los tiempos, sin estar sometido al concepto de los tiempos.»

e) Por fin, la atemporalidad de Dios se deduce de su esencia en cuanto que ésta es ser absoluto y de por sí subsistente. Con

frecuencia San Agustín nombra juntos el ser absoluto de Dios y su absoluta atemporalidad.

En lo que concierne a la relación que existe entre la eternidad divina y el tiempo, conviene observar que Dios es también el creador del tiempo, es decir, su causa ejemplar y real, en cuanto que es el Creador del mundo que existe en el *modus* del tiempo.

San Agustín dice hablando con Dios: «Todo lo que dices y todo lo que nace lo dices tú con tu Palabra (Verbo), la cual es eterna como tú, al mismo tiempo, a la vez desde la eternidad. Y todo lo creas mediante la Palabra; pero no por eso existen a la vez y desde la eternidad todas las cosas que tú haces mediante tu Palabra. ¿A qué se deberá esto?, me pregunto yo, Señor y Dios mío. Es verdad que lo comprendo hasta cierto punto, pero no sé cómo expresarme si no es de la siguiente manera: Todos los seres que comienzan a ser y dejan de ser, comienzan a ser y dejan de ser en el momento preciso señalado para que sean o dejen de ser por la eterna Razón, en la cual no hay ni comienzo ni fin» (*Confesiones*, libro 11, cap. 7 y 8; BKV, VII, 277). Véase *De libero arbitrio*, III, 7.

No podemos comprender, por ser un misterio inescrutable, cómo Dios, que existe según el modo de la eternidad, puede pensar, querer, amar, crear, abarcar y conservar el mundo, que existe según el modo de la temporalidad.

A la pregunta: ¿qué hacía Dios antes de la Creación del mundo?, sólo se puede contestar diciendo que Dios es Él mismo con eterna autoposesión. Como quiera que en Él no hay ni un antes ni un después, el comienzo del mundo no introduce cambio alguno en su vida. Más aún: hablando con precisión, ni siquiera se puede preguntar qué hace Dios antes, en y después de la Creación, pues en la actividad divina no hay ni un primero ni un más tarde, ni un comienzo ni un cesar. Sólo a causa de nuestro modo temporal de pensar podemos poner la pregunta en cuestión. Teniendo en cuenta que Dios existe de un modo eterno, sería más correcta la siguiente variación en tal pregunta: ¿Qué hace Dios, el cual existe bajo la forma de eternidad, sin el mundo, que existe bajo la forma del tiempo?

San Agustín escribe sobre este punto (*Confesiones*, lib. 11, cap. 13; BKV, VII, 281 y sigs.): Si alguien con su fantasía se perdiese en los así llamados tiempos anteriores a la Creación y se admirase de que ha sido posible que tú, Dios todopoderoso, Creador y Conservador de todo lo que es, hacedor del cielo y de la tierra, descansases durante siglos innumerables, antes de la creación de esta grandiosa obra, ése haría bien en considerar y pensar que su admiración carece en absoluto de fundamento. Pues ¿cómo ha sido posible que pudiesen pasar siglos innumerables si tú no

los hubieses creado antes, tú, creador y hacedor de todos los siglos? O ¿cómo hubiese podido existir el tiempo si tú no lo hubieses determinado? O ¿cómo hubiese podido pasar si no hubiera existido? Pues bien, ya que tú eres el creador de todos los tiempos, ¿cómo se puede afirmar que tú no obrabas entonces, si es que en realidad existió el tiempo antes de que fuesen creados el cielo y la tierra? Porque tú fuiste el que creó ese presunto tiempo, y no pudo pasar tiempo alguno antes de que tú crearas el tiempo. Y si no existió el tiempo antes de la creación del cielo y de la tierra, ¿cómo se puede preguntar por lo que tú hacías entonces? Pues donde no hay tiempo alguno, no había tampoco un entonces. Tampoco precedes en el tiempo al tiempo, pues de ser así no precederías a todos los tiempos. Si no que desde la elevada atalaya de tu siempre presente eternidad precedes a todos los tiempos pasados y eres superior a todos los tiempos futuros; pues todos los tiempos son futuros y se convierten en tiempos pasados tan pronto como han llegado. Tú, empero, permaneces el mismo, y tus años no disminuirán. Tus años no van y vienen; nuestros años aquí abajo van y vienen, y llega un momento en que todos están ahí. Todos tus años subsisten simultáneamente, por la sencilla razón de que subsisten; no desaparecen, expulsados por los que vienen, puesto que no pasan. Nuestros años, al contrario, se acaban cuando se haya acabado nuestra temporalidad. Tus años son un día, y tú día no se renueva cada día, sino que es un hoy, puesto que tu día de hoy no es expulsado por un mañana ni sucede a un ayer. Tu hoy es la eternidad; por eso has engendrado con igual eternidad a Aquel a quien has dicho: Hoy te he engendrado. Tú has creado todos los tiempos, y existes antes que todos los tiempos, y nunca hubo un tiempo alguno en que no hubiese ningún tiempo.»

La atemporalidad de Dios es incomprensible y hasta terrible misterio para el hombre sometido a la temporalidad. Newman describe de qué modo Dios atenúa lo terrible de este misterio (*Geheimnisse der Natur und Gnade*, en «Obras escogidas», ed. por M. Laros, vol. II, *Zur Philosophie und Theologie des Glaubens*, trad. al alemán por M. Hofmann, 1936, 303-305; Newman se refiere a la duración infinita, la cual según nuestro modo temporal de concebir se deriva de la eternidad): «Puesto que el Todopoderoso carece de principio, ha tenido que existir solo durante toda una eternidad. ¡Qué pensamiento tan terrible! Nuestra felicidad consiste en tener una meta hacia la cual tendemos, o en vivir para el cumplimiento de un deber. El descanso eterno, nosotros los pobres mortales no podemos pensarlo si no es como una especie de inerte vegetar, de inconsciente somnolencia, y nos cuesta trabajo pasar meditando aun cuando no sea más que una corta hora. ¿Qué se quiere, pues, decir cuando se afirma: Él, el Dios grande, ha vivido solo durante siglos innumerables? ¿En qué consistía la finalidad de su existencia? Él era su propia finalidad. Pero cuán incomprensible es esto. Después de haber estado solo durante toda una eternidad, no necesitaba crear algo, si no quería hacerlo, y entonces de eternidad en eternidad no hubiera existido nadie fuera de Él, nadie que pudiese dar testimonio de Él, nadie que pudiese admirar su gloria, nadie que pudiese adorarlo y glorificarlo. ¡Qué acongojante es la idea de que entonces no hubiera habido ni espacio ni tiempo, ni sucesión ni cambio, ninguna clase de progreso, ni meta ni fin. Un solo e infinito ser, de eternidad en eternidad, y nada más. ¿Y por qué precisamente Él? ¿Dónde

encuentra nuestra fantasía mayores dificultades, en la idea de que sólo existe un ser único, o en la idea de que no existe nada? ¡Oh hermanos míos!, aquí pasa sobre nosotros un misterio con toda su impetuosidad, con dureza, y terriblemente. Los misterios revelados de los dogmas católicos, por incomprensibles que sean, difunden misericordia y consuelo, poseen un algo en virtud de lo cual hablan al corazón, y que nos atrae; no están ante nosotros con fría sublimidad, sino que quieren conquistar nuestro corazón y nuestro amor. Pensad, por ejemplo, en la doctrina de que Dios se ha hecho hombre. También esto es incomprensible, pero podemos inclinarnos con actitud de adoración, al escuchar que el ser Todopoderoso del cual vengo hablando, que habita en la eternidad (*Is. 57, 15*), ha tomado carne y sangre en una virgen, ha habitado en la carne de una virgen y ha bebido fuerza de vida en los pechos de una virgen, ha obedecido a padres humanos, ha practicado el humilde oficio de éstos y ha sufrido el desprecio de su pueblo; que ha sido aprisionado por sus criaturas, azotado y clavado de pies y manos en una cruz, para morir la muerte de un malhechor, y que ahora está en los altares bajo la forma de pan y permite que se le encierre en un estrecho tabernáculo. Todo esto son cosas sumamente incomprensibles. Pero bien que este pensamiento sobrepasa las fuerzas de nuestra fantasía, atrae, no obstante, nuestros corazones, pues no podemos figurarnos nada sublime, más emocionante y conmovedor. Cuando reflexionamos detenidamente sobre ello, sentimos una especie de estremecimiento; nos sentimos conmovidos hasta derramar lágrimas, nos inclinamos en actitud de humildad y nuestro corazón exulta en un arrebatado de amor y entrega: ¡Oh Salvador bondadoso y misericordioso!

Ya véis, Él oculta todo lo que hay de imponente y terrible en los misterios que le rodean; no pone en primer plano su pasado eterno, y cuando habla con sus hijos no quiere amedrantarlos ni confundirlos; al contrario, reviste de su infinita bondad y misericordia y manda a su Iglesia que nos hable sólo de su misteriosa afabilidad. Pero esta nuestra especulativa e inquietante razón busca aquellos primeros y más difíciles misterios relacionados con su ser, y Él permite que los encuentre. Permite esto, porque sabe que esa misma razón que se estremece ante ellos, termina por aceptarlos. Sabe que llegará a conocer que son verdades claras e irrecusables a pesar de su terrible sublimidad. Lo permite para que mediante la semejanza lo mismo que mediante la contradicción que hay entre las conclusiones de la razón y las revelaciones de la Iglesia pasemos de los tremendos descubrimientos de la una a las declaraciones beatificantes de la otra; pero también para que la recusación de la Revelación lleve consigo su castigo y para que los que se escandalizan de los misterios de la Iglesia católica den en las rocas duras como granito sobre las cuales el Eterno ha levantado su trono de modo que las desconsolantes conclusiones de la razón son para ellos una causa de tormento, por despreciar las consoladoras promesas de la fe.»

Dios, que es la absoluta simplicidad, está totalmente presente en todo fragmento del tiempo creado, por pequeño que sea, de modo que en Él no hay ni recuerdo ni expectación por las cosas venideras y pasajeras, sino que todo lo ve como presente. (Coexiste con las cosas.) Con respecto a la eternidad, éstas están en la

relación que media entre la causa y lo causado, pero sólo mientras existen (*coexistunt aeternitati, sed non totaliter*).

4. La eternidad de Dios y la consistencia ontológica que en ella se manifiesta son el fundamento y la razón de que nuestra mirada no necesite detenerse en la frontera de la muerte, con la que finaliza nuestra forma de existencia terrena, sino que puede elevarse hacia arriba. No estamos en camino hacia la nada, sino hacia el ser eterno de Dios. Nuestra finitud no es definitiva. Sólo la forma terrena de nuestra existencia camina hacia su fin. Pero ante nosotros se abre la perspectiva infinita, que es la participación en la vida eterna de Dios. Nuestra vida se convierte con ello en un peregrinar hacia Dios, hacia aquel estado en el que alcanzamos la participación perfecta en la vida eterna. Por eso el que cree en Dios no conoce la desesperación heroica, actitud reconocida por el existencialismo, ni tampoco la melancolía de Hölderlin: «Los bienaventurados ojos de los dioses miran con claridad silenciosa y eterna. Nuestro destino consiste en no poder descansar nunca en ninguna parte. Desaparecen los hombres mortales, caen a ciegas de una hora en la otra, año tras año, hacia lo incierto, como agua arrojada de una roca a otra.» Antes bien, la esperanza es la actitud más adecuada del hombre que en el tiempo, durante el *statu viatoria*, camina hacia la eternidad de Dios, la esperanza entendida en el doble sentido de que está en camino hacia una meta, y de que no posee ésta todavía (véase Pieper, *Von Sinn der Hoffnung*; véase el Tratado sobre la Esperanza, en el volumen 3).

Ya en esta vida se nos concede la participación en la vida divina bajo la forma de germen que obtendrá su pleno desarrollo en el cielo. Por eso, ninguna de nuestras acciones es pasajera, entendida esta palabra en el sentido estricto. Todas caen en la eternidad de Dios y allí se conserva y guarda su validez, que no deja nunca de ser nuestra posesión. Cuanto más nos entregamos a Dios, el Eterno, tanto más se ahondan las raíces con que crecemos en su vida eterna, es decir, en su vida ontológicamente consistente, tanto más nos reconcentramos y llegamos a ser unidad, superando la dispersión de una vida perdida en las ocupaciones del aquí y ahora.

Por eso el destino de nuestra vida no consiste en la entrega a las exigencias del momento, no es un mero cuidado (de las cosas) y una mera preocupación (relacionada con las personas). La

eternidad de Dios abarca cada una de las obligaciones impuestas por una hora determinada, puesto que todo «ahora» es una creación de Dios, es decir, viene de la eternidad y vuelve hacia ella. Con esto no se niega la realidad del tiempo y de los deberes concretos que éste trae consigo. Pues todo aquí y todo hoy ha sido creado por Dios, posee, por consiguiente, un valor y una inminencia innegables, bien que nosotros podamos desconocer su sentido. El hecho de que todos los tiempos se derivan del «hoy» de Dios, es decir, del hecho de que Dios es el Señor de todos los tiempos, comunica a éstos consistencia, según lo que afirma San Agustín:

«Tú eres el Ser supremo y en ti no hay cambio alguno; para ti no pasa el día de hoy, y no obstante desaparece en ti, pues tú eres la meta de todas las cosas. Estas no podrían moverse en sus órbitas si tú no las abarcases, y porque tus años no terminan, por eso son tus años un único hoy. Cuántos de nosotros y de nuestros antepasados han pasado ya por tu hoy y han recibido de él su medida y su carácter especial. Otros muchos todavía pasarán por él y recibirán de él medida y carácter. Pero tú sigues siendo siempre el mismo, y tú harás hoy lo que viene mañana y lo que está más allá de mañana, y tú harás hoy lo que fué ayer y lo que está más lejos que el ayer, en verdad, lo has hecho ya» (*Confesiones*, libro I, cap. 6; BKV, VII, 7 y sigs.). Fr. Thompson expresa el mismo pensamiento de la siguiente manera en *Lebrel del cielo*: «Todo lo que te quité en los tiempos pasados, no te lo quité para producirte dolor; te lo quité para que lo buscaras en mis brazos. Lo que tú, semejante a un niño sin razón, creías perdido, yo lo he guardado para ti en un lugar donde tú tienes la patria. Levántate, cógeme de la mano y ven.» (Trad. E. Kawa, 1946; véase también traducción de Th. Haecker.)